



LA MISIÓN DE LA SANTIDAD (CAMPAMENTOS 2018)

Sé que tenemos como tema este año en el campamento esa carta que ha escrito el Papa sobre la santidad con un nombre así un poco de esos de latín que cuesta un poco recordar: la *Gaudete et Exultate*. Que tiene un nombre un poco complicado, pero que dice «alegraos porque estamos todos llamados a ser santos».

El tema del que yo quiero hablar es cómo estamos llamados a una gran misión. Vamos a ver qué gran misión es esa. Yo lo primero, una cosa: no digo que sepamos latín, porque yo también puedo ser sincero, del latín, aunque sea obispo, ando un poquito mal, un poquito regular. Pero bueno, no sé a qué os suena la palabra misión. Por ejemplo, estamos llamados a una gran misión, ¿a qué os suena más: estamos llamados a una gran tarea o a un envío? ¿A que suena más misión, a envío o a tarea?

La palabra misión significa, en primer lugar, envío. Lo fácil es que la gente entienda que estamos llamados a una gran misión como una tarea: «te voy a dar una misión, tienes que hacer esto». Suena a que te voy a dar una tarea. Pero es bueno conocer las palabras de dónde vienen, porque cuando uno conoce de dónde viene la palabra se da cuenta del sentido profundo de la cosa. La palabra misión, antes que significar tener una tarea, es un envío.

¿Sabéis lo que significa la palabra misa? La palabra misa también viene de misión, viene de ser enviado. La misa, lo dice el Catecismo de la Iglesia Católica en el número 1332, es un envío. ¿Quién ha sido la persona enviada, la que verdaderamente ha recibido un envío en esta vida? Jesús es el enviado. Jesús ha sido enviado por el Padre. El Padre dijo: «voy a enviar a mi Hijo, le voy a enviar. Veo que el mundo se está perdiendo, veo que el mundo está como ovejas sin pastor». Y Dios, viendo el mundo perdido, no se cruzó de brazos dejando que el mundo fuese a la perdición. Lo que dijo fue: «enviaré a mi Hijo». La primera misa, el primer envío, es el del Padre que envía a Jesús. Eso significa misa.

Por tanto, llamados a una gran misión, estamos llamados a ser enviados también nosotros como Jesús. El Padre envió a Jesús y Jesús nos envía a nosotros; aquí continuamos esa gran misión que Jesús recibió y de la cual nosotros participamos. Esto es muy importante, porque generalmente nosotros solemos ver la vida desde otra perspectiva. Solemos pensar en la vida desde nuestra mirada, no desde la mirada del que envía, sino desde la nuestra. Lo típico suele ser que digamos: «¿yo qué quiero hacer en mi vida?, ¿qué quiero hacer con mi vida?», como si la cosa naciese de ti. Pero un momento: salte fuera, sube arriba y mira que desde arriba Dios te ha enviado. Entonces la pregunta no es lo que quiero hacer yo, sino qué quiere Dios de mí, qué espera Dios de mí. La cosa es un poco distinta: no es cómo te ves tú desde aquí, sino cómo está la cosa desde arriba y qué ha pensado Dios para ti, qué plan tiene, cómo vemos las cosas desde los ojos de Dios.

Eso, obviamente, es necesario. Hacerse esa pregunta es la fe la que nos permite entender que yo formo parte de un plan en el que he sido enviado por Dios para ser

imagen de Jesús, para ser santo, para prolongar el envío de Jesús. Aquí se produce una especie como de carrera de relevos: yo le cojo el testigo y soy enviado, y al siguiente le entrego el testigo, y él coge el testigo, y así recibimos el envío de la Iglesia, que nos envía a ser testigos de Jesús.

Para poder ser testigos de Jesús, lo importante es ser santo, ser otro Jesús para el mundo. Si yo soy enviado, tengo que ser otro Jesús para el mundo, y ese es el don de la santidad: que Jesús pueda vivir dentro de mí, que yo también sea un Jesús para la vida del mundo. ¿Eso qué es lo que supone? Pues saber de qué manera yo consigo que mi vida y la de Jesús se fundan y se unan, y lo que le pasó en la vida a Jesús yo me dé cuenta que también me está pasando en mi vida, y las circunstancias que Jesús vivió iluminen mi vida hasta que pueda decir, como dijo San Pablo: «ya no soy yo el que vive, es Jesús el que vive en mí».

Las cosas que le pasaron a Jesús son todas ellas como parte también de tu vida. Lo que le pasó a Jesús te pasa a ti. Por eso, cuando a lo largo del año celebramos la liturgia, preparamos su nacimiento en adviento, después la navidad, luego su vida pública, y después viene el momento de la cuaresma, el momento de su pasión, muerte y resurrección. Repasamos la vida de Jesús y, repasando la vida de Jesús, nos damos cuenta de que eso que le pasó a Jesús también me pasa a mí en mi vida. Todo lo que Jesús vivió forma parte de mi envío, de mi vida y me ilumina para que yo también sea santo. Es como si todos los capítulos de la vida de Jesús formaran parte de los capítulos de mi vida; la forma en la que Jesús vivió las cosas me ayuda a mí también a vivir las mías.

Yo quiero hablar de seis capítulos de la vida de Jesús para que veamos cómo esos seis capítulos en mi vida también me enseñan. Si Jesús fue enviado, yo también tengo que ser enviado; si Jesús tuvo esta vida, yo también tengo que intentar imitar a Jesús en esa forma en la que él vivió. Brevemente voy a hablar de cada uno de esos seis.

En primer lugar, Jesús tuvo una vida oculta muy larga: de treinta y tres años que vivió entre nosotros antes de ascender a los cielos, tuvo treinta de vida oculta y solamente tres de vida pública. Quiere decir que la mayor parte de su vida estuvo escondido, la gente no hablaba de él, pasaba casi desapercibido. Fue un tiempo en la vida como el que tú estás teniendo ahora mismo: tú ahora mismo ¿a qué te dedicas?, pues a estudiar, a formarte. Ahora mismo uno diría «es que me gustaría dedicarme a...», pero no es el momento, estás en la vida de preparación. Es el momento de que nos demos cuenta de que para imitar a Jesús, para ser enviados como él, tiene que haber mucha paciencia y perseverancia. A nosotros nos gusta fácilmente el «en seguida todo, ya estoy preparado, ya no necesito que me expliquen nada más». No es verdad. Ese tiempo de preparación que tiene que haber en tu vida para ser enviado por Jesús es un tiempo largo. Yo creo que la santidad no es difícil, pero sí es larga; es un camino largo, exige perseverancia toda tu vida. El primer capítulo de la vida de Jesús nos enseña en la vida oculta que hay que ser muy constante, perseverante y paciente. Las cosas rápidas no. «Es que yo lo quiero todo ya»; no, perdona, vete capítulo por capítulo. Algunos cogen el libro y van a la conclusión final; quieto: capítulo primero, capítulo segundo, con paciencia. Es muy importante no cansarse nunca de vivir la constancia y la perseverancia en nuestra vida. Vosotros estáis en la vida oculta.

En segundo lugar, Jesús tuvo también una vida comunitaria. Jesús no vivió solo: vivió en familia, en la Sagrada Familia de Nazaret y luego además cuando comenzó su vida pública tampoco vivió solo, vivió en una familia de doce apóstoles que formaban un colegio apostólico. Jesús no vivió nunca solo y eso también forma parte de la educación del corazón del que es enviado como Jesús. Yo ya sé que hoy lo que nos

sale es el «yo», nos gusta destacar y ver quién va el primero, pero es muy importante que nos demos cuenta de que Dios ha querido que crezcamos y seamos santos necesitando unos de otros, que no seamos autosuficientes. No somos supermanes, sino que todos necesitamos unos de otros. Yo, a veces en broma, suelo decir que entre todos hacemos uno: entre un cojo, un tuerto y un manco todos hacemos uno. Es verdad que cada uno tenemos nuestras debilidades en esta vida y Dios no ha querido que nadie sea autosuficiente. Eso es una gran lección para que nos demos cuenta que tenemos que ser humildes y obedientes. Ese deseo que tenemos de ser superman y destacar no es muy santo. A veces ese deseo de destacar pretende esconder un poco de santidad, pero no es verdad. El segundo capítulo de vida que nos dio, es que Jesús siempre vivió en comunidad, en familia, y eso nos tiene que educar el corazón.

Yo me acuerdo que en una ocasión estaba en la misa de niños en la parroquia y les puse en crisis a los chavales de catequesis. Ahora que estamos en los mundiales, les hice la siguiente pregunta: «Vamos a ver, ¿tú qué preferirías: perder el partido de fútbol 4-3 pero tú has metido los tres goles, o ganar el partido de fútbol 1-0 y tú no has metido nada?». Se montó una crisis en la respuesta. Algunos fueron muy sinceros y enseguida dijeron: «Yo casi perder 4-3, porque si yo he metido los tres goles merece la pena haber perdido». Pero les dije: ¿os dais cuenta cómo llevamos dentro de nosotros esa tentación de un deseo de destacar, de un protagonismo que no es santo? El Señor quiere que formemos parte de la victoria aunque no metas tú el gol, igual incluso siendo suplente. ¿Qué más dará? Pero claro, eso supone educarnos mucho. Jesús hizo un gran esfuerzo para educar a los apóstoles, porque los apóstoles también eran «yo, yo». «Haz que mi hijo se siente uno a tu derecha y otro a tu izquierda», dice la madre de los de Zebedeos. Entonces dijo: «Mira, el puesto de cada uno ya se lo dará el Padre a quien quiera dárselo».

Tercero, Jesús, el enviado del Padre, vivió pobremente. Podría haber sido enviado a un palacio, pues no: fue enviado a un pueblo llamado Nazaret donde la gente viviría en cuevas. Jesús vivió en una cueva, y luego, cuando comenzó su vida pública, dice el evangelio que no tenía dónde reclinar la cabeza. Los pájaros tienen nidos, las zorras tienen madrigueras, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza. Jesús vivió pobremente, no tenía un techo que le cobijase, nunca se preocupó de tener bienes materiales. Para poder ser enviado de Dios es importantísimo el estilo austero en la vida. Si tú tienes tu corazón puesto en los bienes materiales, en tener esto, en tener lo otro, al final tu tesoro no es Dios. Y nuestro tesoro es Dios; mi tesoro no puede ser el que mi móvil sea nuevo, porque eso es un falso tesoro, es una idolatría. Mi tesoro es Dios. Acostumbrarnos a ser felices con pocas cosas, porque es Dios el que me hace feliz, es importantísimo para poder ser enviados como Jesús. El materialismo está envenenando nuestro corazón y hay muchísimas personas que sustituyen a Dios por el deseo del dinero y de tener falsas posesiones en la vida. Jesús fue pobre y los enviados tenemos que ser austeros.

En cuarto lugar, Jesús se prodigó especialmente en los enfermos y en los pobres; el signo de los evangelios es que hacía milagros con ellos, se acercaba a ellos, les daba la mano, les consolaba. Yo creo que nuestra gran opción para imitar a Jesús en este capítulo de su vida, tiene que ser olvidarnos de nosotros mismos y ser capaces de pensar en las personas que sufren y que necesitan nuestra ayuda y nuestro consuelo. No se puede amar si uno no se ha ejercitado en el olvido de sí mismo y de sus caprichos. Amar es salir de nosotros mismos y estar atentos allí donde Jesús nos está interpelando en las personas que sufren: en los ancianos a los que la gente no hace caso, en las personas de nuestra clase que están un poco arrinconaditas porque no hablan mucho, porque son un poco acomplexadas o por lo que sea, a las que pocos hacen caso y con las que casi no habla nadie. Eso también existe en nuestra clase. Yo creo que tiene que formar parte de nuestro estilo el decir: «¿Yo con quién me junto en

el recreo?, ¿con quién me junto cuando vamos de excursión?». Pues me voy a juntar especialmente con la gente a la que veo que le hacen menos caso. Eso es lo que hizo Jesús y eso es lo que prepara tu corazón para ser enviado como él: donde están los que son menos atendidos, los que son más relegados, los que son más ridiculizados incluso. Que nuestra preferencia sea siempre por los pobres.

Quinto capítulo de la vida de Jesús: Jesús se escapaba muchas veces a hacer oración. Por la noche se iba a la montaña. Después de la última cena, Judas sabía muy bien dónde decirle a los soldados que fuesen a detenerle, porque sabía que después de cenar se solía ir al huerto de los olivos y allí solía pasar la noche haciendo oración. Jesús tenía muchos momentos y lugares especiales, tenía sus txokos de oración. Cada uno tiene que decir: «¿Cuál es mi txoko?, ¿cuál es mi momento?, ¿cuál es mi lugar preferido para ponerme a hacer oración?». Jesús lo hacía, Jesús necesitaba hablar con el Padre. Esto es la oración. Los momentos y los lugares especiales para hacer oración tienen que formar parte de nuestra vida. El que diga: «¿Yo qué momentos tengo para hacer oración?, ¿cuándo la haré?... Bueno, pues cuando vea que me queda un rato libre». Peligroso. Si tú dices eso, es peligroso; la oración tiene que tener un momento especial. Jesús solía tener momentos: «Este es mi momento, esta es mi hora». Su hora solía ser o por la noche o por la mañana. Uno tiene que buscar su txoko, Jesús tenía txokos y tenía momentos para hacer oración.

Y el sexto capítulo de vida de Jesús: Jesús tuvo problemas, tuvo cruces, tuvo persecuciones y tuvo incomprensiones. Tenemos que acostumbrarnos a que, si somos seguidores de Jesús y si somos enviados como él fue enviado, en nuestra vida habrá también cruces y problemas. Ese es un capítulo de la vida de Jesús con el que tenemos que familiarizarnos porque va a formar parte de nuestra vida; las incomprensiones, los problemas. Uno tiene que ser capaz de vivirlos confiando en la cruz de Jesús, diciendo: «Bueno, vienen cruces, vienen problemas, pero yo no me voy a venir abajo». Las cruces de Jesús las vivió confiando en el Padre y el que se abraza a la cruz de Jesús y ante los problemas confiamos en Jesús y abrazamos su cruz. Él nos ha enseñado a no asustarnos ante los problemas. Todos los problemas, persecuciones e incomprensiones de la vida, cuando uno sabe llevarlos y abrazarlos, al final Dios hará de ellos nuestro lugar de maduración y de santidad. Ese es un capítulo muy importante de la vida de Jesús. No hay ninguna vida que no tenga problemas; un cristiano también tiene problemas y los santos han tenido muchos problemas. Tú lees la vida de los santos y es impresionante la cantidad de problemas que tienen. Jesús no dijo «tu vida será muy fácil si vienes y me sigues», eso no lo dijo nunca. Seguir a Jesús suele ser motivo de críticas, de incomprensiones, sin embargo la cruz es siempre fecunda.

Esos seis capítulos tienen que tener cada uno un hueco en tu vida; darte cuenta de que esas seis facetas de la vida de Jesús forman parte de tu misión, de tu envío para ser santo. Lo repito: primera, la vida oculta en paciencia y perseverancia. Cuando yo era seminarista, ¿sabéis qué nos decía el director espiritual?, que teníamos que tener devoción al santo clavo. ¿Qué significa eso del santo clavo? Pues que uno clava un clavo y, quieto parado, no te muevas: sé perseverante y no estés cambiando porque ahora no me apetece. Santo clavo decía: ser constante y perseverante en las cosas. Segundo aspecto, vida comunitaria: yo no puedo ir por libre, Dios no quiere que yo vaya por libre, quiere que sea humilde, quiere que sea obediente. Yo no tengo que ser superman, tengo que ser un hijo humilde. En tercer lugar, ser austero, ser amante de la pobreza, porque mi tesoro es Dios. Ese es mi tesoro. En cuarto lugar, ser especialmente sensible, tener como los predilectos a los de Jesús. Y Jesús tuvo como predilectos a los que el mundo despreciaba: a los enfermos, a los pobres y a los que el mundo juzgaba como tontos. En quinto lugar, la oración como el motor de la vida. Jesús tuvo la oración como el motor de su vida; que nosotros digamos de qué manera

pongo mi rato de oración y me encuentro con Dios como el motor y centro de mi vida en esos txokos o lugares especiales de oración. Y por último, no asustarnos por las persecuciones, por los problemas, por las cruces de la vida, porque las cruces de la vida son una garantía de que Jesús camina junto a nosotros: «Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo».

Son seis capítulos de la vida de Jesús; yo lo que quiero es animarnos a darnos cuenta de que eso que le pasó a Jesús también te pasa a ti. Ahora cada uno tiene una forma especial para ser enviado, porque es verdad que aquí no hay dos personas que tengamos la misma historia; cada uno es único e irrepetible y Dios tiene para los aquí presentes tantos planes como personas estáis. Yo, cuando fui al seminario, recuerdo que tenía la curiosidad de decir «¿cómo habrá sido la vocación de los demás?». Me acuerdo que le preguntaba a mi compañeros de clase: «¿Y tu vocación cómo ha sido?, ¿tú cómo te diste cuenta de que estabas llamado a ser cura?». Tenía curiosidad. Me di cuenta por las respuestas que me iban dando que cada uno tenía una historia muy distinta, muy diferente, que no había dos iguales. Cada uno tiene su manera de ir descubriendo el camino, pero todas se parecen a Jesús. La historia tuya y la de otro no se parecerán, pero la tuya se parece a Jesús y la de él también se parece a Jesús; cada uno tenemos que repetir en nuestra vida lo que ha sido la vida de Jesús.

Eso supone que tenemos que descubrir cuál es la misión, el envío que Dios ha querido para mí. Tengo que descubrirlo: ¿qué querrá Dios para mí?, ¿qué habrá pensado para mí? ¿Quién me dice cuál es la diferencia entre ser descubridor o ser inventor? Vamos a ver: lo descubierto ya existía y lo inventado lo has creado tú. Esta distinción está bastante clara. El descubridor ha sacado a la luz algo que estaba, pero el inventor de alguna manera ha sacado algo que no existía. Entonces mi pregunta es: los cristianos ¿qué somos, descubridores o inventores? Somos descubridores, no somos inventores, porque yo estoy preguntándole a Jesús: «¿Qué quieres de mí?, ¿qué has pensado para mí?». ¿Yo estoy inventando mi vocación? No, yo no invento mi vocación, yo tengo que descubrir mi vocación y para eso lo que tengo que hacer es ver cómo es la vida de Jesús y, viendo esos capítulos de la vida de Jesús, ver en mi vida cómo los aplico. Yo no invento mi vocación, yo la descubro, que es muy distinto.

¿Y qué puedo hacer para descubrirla? A mí se me ocurren tres cositas, tres consejos prácticos en cómo se descubre la vocación. Primero, preguntárselo al Señor mucho en la oración: «Señor, ¿qué has pensado para mí?, Señor, me gustaría que tú me vayas manifestando tu voluntad». Lo lógico es eso: si El es el que tiene pensado para mí cuál es mi vocación, lo lógico es preguntárselo. Señor te pido que vayas descubriendo tu Voluntad ¿Se suele descubrir así de repente? No, suele ser poco a poco. Cada uno puede tener su historia, pero lo lógico es que la vocación se vaya descubriendo paulatinamente. Lo primero es preguntarlo; si lo sabe Dios, lógicamente se lo preguntas: «Señor, muéstrame tu voluntad, muéstrame tu camino, ¿qué misión has pensado para mí en esta vida?, ¿cuál es el envío que quieres hacerme?». Lo lógico es preguntárselo porque yo estoy para descubrirlo.

Segundo, otro consejo que para mí creo que es muy bonito e importante: rezar también, no solo para descubrirlo, sino por las personas que un día Dios me pondrá junto a mí cuando descubra mi vocación. Por ejemplo, yo conozco a personas que han rezado: «Si quieres que me case, te pido que voy a empezar a rezar por el que será mi novio», aunque no lo conozca. Rezar por él. «Si un día me vas a dar unos hijos, voy a rezar por los hijos». Yo, cuando era seminarista, el director espiritual nos dijo: «Comienza a rezar por los niños que un día tendrás en la catequesis cuando seas cura, vete rezando por ellos. Vete rezando también por las parejas que un día casarás,

por los niños que un día bautizarás, vete rezando y vete preparándote por ellos». Ahora no les conoces, pero es muy importante que tú vayas pensando en que, como Dios lo sabe, yo rezo también por ellos. Es darte cuenta de que en la mente de Dios todo está pensado; algún día ya lo conoceré, pero ahora rezo por ellos. Rezo por la que será mi familia o, si voy a ser sacerdote o religiosa, por las almas que Dios me dé para acompañarlas. Rezo por ellos ahora; yo no lo sé, pero Dios lo sabe. Yo he conocido a alguna chica y a algún chico que durante muchos años rezaron por el que un día sería su marido o su mujer, y luego ya lo descubrieron. Una me decía cuando conoció a su novio: «¿Sabes que yo rezaba mucho por ti sin haberte conocido?». Eso es impresionante, que alguien se dé cuenta de que había un plan de Dios y lo descubrió. Por ejemplo, ¿sabéis que yo he rezado por vosotros antes de conoceros? Yo también estuve en el seminario y a mí me enseñaron que, cuando yo por ejemplo tenía que estudiar y me apetecía poco estudiar, el director espiritual me enseñó a ofrecer el estudio por los chicos a los que un día tuviese que hablarles: «Prepárate y estudia bien ahora para que el día que tengas que hablar y tengas que dar una charla a los chavales, pues pide por ellos aunque no les conozcas». Yo he rezado por vosotros antes de que nacieseis, fijaos. Yo he rezado por vosotros antes de que nacieseis, porque me enseñaron a hacerlo, porque todo estaba en el plan de Dios. Yo en aquel momento no tenía ni idea de nada, pero eso estaba en el plan de Dios y uno ya ha ido poco a poco descubriéndolo.

Y por último, tercer consejo para descubrir los planes de Dios: no tener ningún miedo a lo que Dios te muestre. Claro, si uno dice «Señor, ¿qué quieres de mí?», pero con cuidado a ver qué me vas a decir... mal vamos. Cuando uno a Dios le pregunta «Señor, ¿qué quieres de mí?», tiene que ser sin miedo ninguno a lo que Dios diga. A ver, no tengo ni idea, pero sólo sé que lo que Dios quiera para mí va a ser una gozada. Va a ser una gozada porque Dios me quiere a mí mejor de lo que yo me quiero a mí mismo. Nosotros a veces deseamos cosas que son para mal; hay que tener confianza en que Dios te quiere mucho mejor y mucho más de lo que tú sospechas y de lo que nunca has imaginado. Por tanto, no tener miedo a la voluntad de Dios, no tener miedo a que él te descubra su camino porque si no, claro, la pregunta está mal hecha: «¿Qué quieres?, pero no me digas eso». Ese es mi triple consejo: hemos dicho que somos descubridores y no inventores; preguntémosle a Dios de vez en cuando en nuestra vida poco a poco, segundo, recemos para que esa misión que se me va a encomendar Dios la bendiga desde ahora, y en tercer lugar, no tengo miedo, confío plenamente porque Dios es infinitamente misericordioso y Dios tiene misericordia de mí.

Por último, os voy a contar el lema del Papa. Cada obispo solemos tener un lema; el mío es «En ti confío», corazón de Jesús en ti confío. El lema del Papa es muy curioso porque está extraído de un comentario sobre el evangelio de la vocación de San Mateo. Sabéis cómo Jesús entró en casa de Mateo, que era un cobrador de impuestos; Mateo, con el que en principio los judíos no hablaban por ser cobrador de impuestos, se quedó impresionado de que Jesús hablase con él y le dijese: «Ven y sígueme, Mateo, venga, deja tus monedas y ven y sígueme». Hay un autor espiritual, San Beda el Venerable, que comentando ese pasaje dice en latín: *Miserando atque eligendo*, que significa «y teniendo misericordia de él, lo eligió». Ese es el lema del Papa: y teniendo misericordia de él, la elección le dio una misión. Dios tiene misericordia con todos los presentes y Dios tiene para ti una misión, Dios tiene una misión. La tiene, repito: Dios tiene una misión para cada uno de vosotros. La mía ya la voy descubriendo, algunos aquí también han ido descubriendo la suya, pero todavía no están terminados los capítulos, cada uno vamos descubriendo su misión. Os aseguro que cada uno de los aquí presentes tiene que ir descubriendo su misión.

Y teniendo misericordia de Mateo le llamó; y teniendo misericordia de Marina le llamó; y teniendo misericordia de Santi le llamó; y teniendo misericordia de Edu le llamó.

Jesús tiene misericordia y tiene para cada uno de nosotros un envío que será maravilloso. Lo que hay que hacer es estar atentos a la vida de Jesús, porque si estoy continuamente mirando a la vida de Jesús como en un espejo, me enteraré de lo que quiere para mí. Pero si no estoy mirando la vida de Jesús, cuando Jesús me llame a mí yo estaré “a por uvas”, no me enteraré. Solamente si estoy mirando la vida de Jesús, al evangelio, leo el evangelio y me lo aplico, me enteraré de lo que Jesús quiere para mí. Teniendo misericordia, le llamó.

Bueno, pues os deseo eso y, si os parece, vamos a pedirle a María, que recibió el gran envío, que sea madre de la misión del envío que Dios tiene para cada uno de nosotros. Le vamos a pedir eso.